



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXV

BOLETIN DE LA PRENSA LOCAL

NÚM. 10238

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península. — Un mes, 2 ptas. — Tres meses, 6 id. — Extranjero. — Tres meses, 11'25 id. — La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes. — La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MARTES 17 DE DICIEMBRE DE 1895

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro. — Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumar tin, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LA UNION Y EL FENIX ESPAÑOL

COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS



Domicilio social: MADRID, CALLE DE OLÓZAGA, NÚM. 1 (Paseo de Recoletos)

GARANTIAS

Capital social efectivo.	Pesetas	12.000.000
Primas y reservas.		43.598.510
TOTAL.		55.598.510

32 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS CONTRA INCENDIOS

Esta gran Compañía nacional asegura contra los riesgos de incendio. El gran desarrollo de sus operaciones acredita la confianza que inspira al público, habiendo pagado por siniestros desde el año 1864, de su fundación, la suma de pesetas 59.169.691,43

Subdirección en Cartagena: Sra. Viuda de Soro y C.ª, Plaza de los Caballos núm. 15

SEGUROS SOBRE LA VIDA

En este ramo de seguros contrata toda clase de combinaciones, y especialmente las Dotales, Rentas de educación, Rentas vitalicias y Capitales diferidos á primas más reducidas que cualquiera otra Compañía.

Recolección

Prensas para vinos, moderno sistema. — Bombas Noel y otros sistemas para trasiego. — Azufradores, cañerías y demás enseres necesarios al viticultor. — Desgranadoras de panizo (6 fanegas por hora). — Embudes automáticos. — Tijeras para vendimiar, poda, etc. — Arados de vertedera. — Espino artificial. — Palos, azadas, legones, todo acero. — Carretillas y wagonetas.

INSTALACIONES DE RIEGOS

C. Pérez Larbe. — Plaza de Castellini, 12

PARENTESIS.

Hoy lo mismo que ayer.

El ilustre periodista bilibilitano, Darío Pérez, ha dicho en reciente semblanza que de mí ha escrito — y que finalmente le agradezco, — que yo, con estos desaliñados parentesis dominicales, rompo la monotonía de muchos periódicos, provin-

cianos ellos... ¡Ay, no es exacto! Muchos días llevan, hablando de la crisis esos periódicos, y siempre diciendo lo mismo... ¿Cabe mayor monotonía? — Muchas veces se ha dicho desde Santa Teresa hasta nuestros días, que no basta ser honrado si no parecerlo. Y sin embargo, la máxima de la santa doctora de Avila, no solo no se practica diariamente, si no que se olvida... ¿Es esta una gran decadencia? ¿Quién lo sabe! Por de pronto es — y esto nadie lo duda — una gran falta de sentido moral, y una falta también y mucho más grande aún, de personal de valor. Y contra esa falta de lo que todo el mundo tiene ¿qué protesta cabe?

Degenera la raza, por lo menos la raza de los ministros... Antes, el concepto de la propia dignidad se sobreponía á todo otro concepto. Ahora se impone la conveniencia, triunfa la vanidad, y del decoro nadie ó muy pocos se acuerdan...

¿Qué decadencia más evidente y qué grande olvido de todo aquello que constituía la característica de la raza española, en los tiempos de la leyenda... Volvamos por los fueros históricos. Volvamos por los abandonados prestigios y por las olvidadas grandezas históricas, y reconozcamos que quien injuria y no responde de la injuria, y quien ofende y no responde de la ofensa, no pertenece, ó no debe pertenecer á la raza de los Quijotes, ni de los D Juan Tenorios, que son los prototipos españoles...

CALIXTO BALLESTEROS.

Microscopías

EL GORDO.

Desde Andalucía á Cataluña y desde Galicia á la región murciana, no hay en estos momentos quien no aspire á recibir al Gordo en su domicilio.

¡El Gordo! Apenas corre el anuncio de su llegada, todos los españoles, y algunos extranjeros, acuden á ofrecerle sus servicios y á darle dinero; pero el Gordo es ingrato y vanidoso y deja con un palmo de narices á la inmensa mayoría de sus admiradores, que, al verlo meterse en la casa del vecino, se quedan desconsolados y dicen: — Otra vez será.

Y es tentador el indio y traicionero. Dividiéndose y subdividiéndose en infinidad de papelititos numerados, pasa por delante de los ojos á la vuelta de una esquina ó os hiere en la retina desde el fondo del escaparate de la administración.

El Gordo constituye una obsesión en estos días. Hay quien se pasa la vigilia haciendo cábulas, y cuando se acuesta por la noche sueña con capichas, múltiples de tres y otras combinaciones, más ó menos caprichosas, que sirven á los mil maravillas para propinarse un sobetano dolor de cabeza, pero no para ponerse dos milímetros más cerca del fantasma tentador que huye de nosotros para incitarnos á que le cojamos los tres millones que lleva en la mano.

A estas horas no hay quien no se crea con derecho á tirarle un pellizco á ese señor de Gordo: por eso todo el mundo está contento y esperanzado. Pero ya

verán ustedes el desconsuelo que se extiende por la tierra española el día 23.

De mí sé decir que no he tenido nunca relaciones con el Gordo ni aspiro á tenerlas.

RAUL.

Cuentecillo

I
Era una madrileña de retraseño porte, por la que siempre andaban á la greña los jóvenes Tenorios de la corte. Pues ni en Madrid ni en todo el globo había belleza como la de Estefanía, que este es el nombre con que yo, de intento bautizo á la heroína de mi cuento.

II
Subió tan adorable criatura á la celeste altura á darle cuenta á Dios de sus acciones; y el Sér Omnipotente, sumo eterno, procurando evitar las tentaciones, la condeó á las penas del averno á poner en las llamas infernales las muchas desazones que ella había causado á los mortales. Pero Pedro, que escuchó la triste escena, creyó morir de pena cuando el Señor la dijo en tono grave, recalcando palabra por palabra: «No esperes que mi puerta se te abra, pues yo me encargo de guardar la llave.» Y así le habló á la bella peadora, con una sencillez consoladora: «No llores; pues me apena y martiliza ese llanto que no ha de redimirte. ¿Que no me dan la llave para abrirte? Yo me encargo de hacerte otra postiza.»
Agustín Pajaron

TIJERETAZOS

Dice «El Herald»: «Ha llegado á Holguin un vapor conduciendo 21 soldados heridos.»
Amigo «Herald»: borre usted ese puerto en su mapa, por que está á ocho leguas de la costa.
Y á menos que el vapor haya ido á Holguin surcando la mangüa...
Dice «La Publicidad» de Barcelona que no ha resultado cierta la belleza de haber presentado la dimisión el general.

¿Pero tanta falta le hace esa dimisión al periódico posibilista?

Le enviaremos un recado al general en jefe para que entregue el papel y se venga.

Según se dice, el Sr. Romero Robledo no ha querido irse solo y ha firmado tantas cesantías y traslados que habrá necesidad de publicar un extraordinario de la «Gaceta» para insertar los decretos.

Vaya unos aguinaldos, señor Romero. Eso si no se le pone entre cejas al ministro entrante dejar, por un solo decreto, anulados todos los que ha dejado en su testamento el de Antequera. Tendría que ver.

En la Iglesia de Belchite han entrado ladrones, se han llevado los vasos sagrados y no han sido habidos. Eso es tradicional como ustedes saben.

«La Correspondencia Militar», órgano al parecer, ó cuando menos devoto del gobierno, dice que las actuales Cortes morirán el 28 de Diciembre por inocentes.

Así paga el diablo á quien bien le sirve.

Por que esas Cortes de que habla el colega son las mismas que ayudaron al gobierno actual á legalizar la situación económica.

¿Cómo se sentirán de satisfechos los diputaditos!

El río Paz se ha salido de madre y ha inundado dos barrios.

Bien dicen que el nombre no hace á la cosa.

Si así no fuera y se llamara Guerra ese río, no hubiera dejado piedra sobre piedra en esos barrios.

Seenta soldados y el recaudador de contribuciones de Zaragoza, han salido para Belchite á cobrar los tres años de contribución que no han pagado aquellos contribuyentes.

Ante esos argumentos se de exponer que aflojen la bolsa los de Belchite.

A menos que recordando que son aragoneses, se vayan al charco en la imposibilidad de ir á Zaragoza.

O lo que es lo mismo: de no pagar la contribución.

formas, de cerebros, de miramientos, de azmgoñerías miraba gravemente al bajo ó imprudente pillastrón; el hipócrita á quien nada faltaba y el facineroso que de todo carecía; el hombre que tanto tenía que perder y el hombre que nada poseía en el mundo, salvo su miserable oficio, un reloj de oro que había robado el día antes y unos tres pesos que llevaba en sus bolsillos; el contraste no podía ser más completo.

El financiero estaba muy lejos de figurarse la especie de hombre con quien había de tenérselas. Según los principales rasgos de la historia de Alicia, que había oído contar á mistres Leslie, sabía que el padre de su común protegida era un miserable que merecía la horca; esperaba encontrar en el tal Darvil un bribon vulgar, estúpido, desnudo de sensatez y con todo el desearo que se pueda imaginar. Pero Luc Darvil era un pícaro redomado, que había recibido una educación tal cual, que no pecaba de ignorante, que tenía bastante ingenio para forjarse malos principios y tanta impudencia como si hubiera pasado su vida en la mejor sociedad. A él no le asustó el frac negro y el aire imponente del financiero. El mismo duque de Wellington no hubiera asustado á Luc Darvil, á menos que su grado no hubiera llevado como edecanes á algunos condestables.

El banquero se quedó desconcertado.

—Creed, señor mío, (sabe Dios como se llamará) dijo Darvil sorbiéndose un vaso del aguardiente puro, lo mismo que si fuera de agua; creed que yo no soy hombre que me deje alucinar con sus consejos. ¿Qué diablo de interés es el que tomáis en la reputación de mi hija, en el bienestar de mi hija, ó en cualquiera otra cosa? queréis decirme, viejo marruyero? Ya veo yo que lo que mueve vuestro corazón es la persona de mi hija! Mi hija es una linda muchacha, es innegable, una linda muchacha, pero caprichosa como la luna; más cuenta os tendría tratar conmigo que no con ella.

El banquero se puso tan encendido como una escarlata, se mordió los labios y miró á su compañero de pies á cabeza, como calculando la posibilidad de arrojarle á á puntapiés por la escalera abajo; pero Luc Darvil era hombre para derribar en tierra al banquero y á todos sus familiares. La naturaleza había dispuesto tan bien, había desarrollado con tal vigor, había ligado tan sólidamente sus miembros y todos sus músculos, que el más hábil boxador se hubiera mirado mucho, antes de entrar en lid con semejante adversario. El banquero era hombre prudente á toda prueba, y al terminar el exámen de la persona de Darvil retiró su sillón algunas pulgadas.

—Señor mío, dijo con mucha dulzura, es menester que nos entendamos; vuestra hija no está ya bajo

nutos catareiz en la cárcel. No es esta una contienda entre vos y vuestra hija, lo es entre...

—Un pordiosero que camina descalzo y un señoron que rueda coche, interrumpió Darvil, riendo con una mezcla de amargura y alegría indiferente, bueno, bueno!

El banquero se levantó y dijo: Vuestra definición es muy ingeniosa. Media hora, no lo olvidéis. Buenas noches.

—Esperad, exclamó Darvil. Confieso que sois el primer hombre que me haya gustado, hace muchos años; sentaos, sentaos, charlaremos un momento y muy pronto nos pondremos de acuerdo. Señor mío! que placer tendría yo si os encontrara en medio de un cantino real, y no entre estas cuatro paredes de brinquillo! Jal jal entonces se volvería el argumento á mi favor.

El banquero no era valiente y aquel deseo tan cortés le hizo mudar de color. Darvil le miraba con una maligna ironía. El hombre rico volvió á tranquilizarse.

—Eso dependería de una sola circunstancia, de si llevaba yo mis pistolas ó no. Pero volvamos á nuestro asunto: salid de esta casa sin mas cuestiones, sin ruido, sin hacer á nadie mención de los derechos que reclamáis sobre su propietario.